

Omar Gutmann, poeta menor

▶▶ Greco Sotelo

Es verdad que hay más locura en el hecho de interesarse en un pésimo poeta que en el de escribir malos poemas, pero no es mayor extravagancia la mía que muchas que ahora andan por el mundo, como recorrer América en bicicleta de Alaska a la Patagonia, o ver en televisión a un candidato republicano bailando patéticamente la Macarena.

Greco Sotelo es escritor, historiador y documentalista. Ganador del Premio Internacional de Cuento Juan Rulfo. Ha colaborado en diarios y revistas nacionales. Fue jefe de Difusión y Prensa de la revista *Letras Libres*. Actualmente es colaborador para Clío TV, Canal Once y The Discovery Channel en México y América Latina.

Lego la nada a nadie.
BORGES, *El suicida*

He dedicado los últimos años de mi vida a la nada fácil tarea de biografar poetas menores, con el evidente riesgo de pasar los que restan preguntándome por qué lo he hecho. Quizá una malentendida formación de historiador hizo que germinara en mí el interés por las cosas inútiles, ahora ostentosa-mente acogidas bajo el dudoso prestigio de la micro-historia. Quizá, quién sabe, mi propia condición de biógrafo mediocre me ha impulsado a la búsqueda de los menos afortunados, cuya obra, absolutamente prescindible, está ligada a la mía en el camino común de un merecido olvido.

La idea original, ahora ridícula y casi irreconocible tras años de mezquinos hallazgos, era que la vida secreta de un pésimo escritor podía ser más literaria incluso que el mejor de los libros de otro excelente. Por falta de suerte o porque así lo decreta alguna no conocida ley de la sociología, he encontrado más banalidad y más autocomplacencia de la que cualquier crítico hubiera esperado de un grupo social que pre-

suntamente ha sido dotado de la singular capacidad de recrear su mundo o, al menos, de describirlo con cierta inteligencia.

De una cosa me jacto, o me lamento: he sido consecuente con el propósito de reseñar la insignificancia. Mis biografiados han sido poetas menores, no en el sentido en que un Villaurrutia puede ser menor con respecto a un Shakesperare o a un Whitman, sino en el sentido de que nadie, absolutamente nadie, pueda siquiera recordar un verso, el título de un poema, o el hecho mismo de su actividad literaria. Sus parientes y amigos los recuerdan siempre lejos de los libros y del afán creativo, y llenan las cintas de mi grabadora portátil con montones de nimiedades y fruslerías. Sus profesores, sus mujeres y sus rivales, se refieren a ellos como discípulos, amantes y enemigos, respectivamente. Con cierta frecuencia, contemplando en mi oficina las paredes cargadas de literatura inútil, de metáforas huecas y de forzadas frases, siento como si estuviera contemplando en un solo golpe de vista toda la esterilidad del mundo; aunque, estrictamente, la que tengo a la mano sea sólo una modesta parte de la que ha producido mi generación. Es verdad que hay más locura en el hecho de interesarse en un pésimo poeta que en el de escribir malos poemas, pero no es mayor extravagancia la mía que muchas que ahora andan por el mundo, como recorrer América en bicicleta de Alaska a la Patagonia, o ver en televisión a un candidato republicano bailando patéticamente la Macarena.

Borges ha dicho, con su grave y melancólica precisión, que el destino de una literatura personal es a



Yolanda Andrade; *El baño rojo*

veces la celebridad, pero siempre, indefectiblemente, al menos el reflejo de un rostro único y de una íntima existencia. Lo ha dicho, por supuesto, con palabras mejores que éstas, palabras que ahora se me escapan: no por mediocre me he dedicado a coleccionar sentencias como un entomólogo insectos sobre placas de cristal. Como quiera que sea, pues, la vida que deseo ahora reseñar vale menos por las letras que produjo que por la impresión que ha dejado en mí. Pensándolo dos veces, es probable que me haya identificado en mucho con Omar Gutmann, al que conocí hace cerca de cinco años, y al que dejé de ver apenas un mes atrás, cuando tronó como un ejote bajo las ruedas del metro que iba haciendo su trayecto desde Universidad hacia Basílica.

Aquella noche, al llegar temblando a mi casa, me vino la idea furiosa de desahogarme escribiendo. Pero, como casi siempre sucede, tomé una botella de tequila, bebí varios vasos mirando estúpidamente la hoja en blanco, y me quedé dormido sobre la mesa. Los días siguientes coincidieron con la Serie Mundial de beisbol; vi todos los partidos, forzándome a cada

momento a apagar el televisor para escribir sobre el poeta muerto. Pero no pude. Es posible que, en el fondo, no haya dejado nunca de pensar que un buen batazo o un buen robo de base valen cien veces más que todos los poetas que he estudiado. Ahora que el beisbol ha terminado, y que me paseo aburrido por la sala mientras veo a través del ventanal la indiferente tarde cayendo sobre las vagas figuras del camellón, voy a contar la historia de Omar Gutmann, sin faltar a la verdad, y atenido un poco a la insólita esperanza de no levantarme a encender el televisor.

I. El Güero Gutmann, *Las vampiras de Turín*, o de cómo la vida decide por nosotros

Omar Gutmann nació en la empinada calle de Bravo, en Jalapa, en una casa amarilla con techo de tejas y manchada como todas las de esa ciudad por la humedad, el musgo y el humo de los camiones. Por la década de los sesenta su padre, Enrique Gutmann, alemán de Colonia, había ido allí a pasar un fin de semana antes

de retornar a México para tomar su avión de regreso. Tenía entonces veintidós, y su padre, un empresario rústico y fornido, orgulloso a voces de Bismarck y en secreto de Hitler, tenía meses esperándolo en la puerta de su casa en Colonia con un fuate en la impaciente mano, como si en vez de irse a América hubiese ido su hijo por la leche. El domingo en la noche, pocas horas antes de tomar su camión hacia la ciudad de México, Enrique Gutmann vagabundeó por Zamora, por Hidalgo, caminó entre las sombras melancólicas del parque de Los Berros, se fumó un cigarro en una banca del Parque Juárez, viendo cómo levantaban sus puestos los fotógrafos y las señoras que vendían fritangas, y finalmente decidió meterse a la última función del Cine Radio.

Exhibían una previsible cinta erótica italiana, pero el joven Gutmann, en ese momento, no quería sino estar solo con sus pensamientos: lo que diría su padre, lo que él le contestaría, lo que diría su madre, lo que él otra vez le contestaría. En Colonia su destino estaba decidido de antemano: se dedicaría a vender quesos, como habían vendido quesos todos los Gutmann desde que el mundo era mundo. En el rústico y acogedor comedor de su casa en Buldenstrassen su padre solía repetir, antes de comer, ante una tabla de quesos custodiada por dos claras botellas de vino, la divisa inmemorial de la familia: "Gutmann soy, y a Dios me debo, y a mi Patria, no menos que a mis quesos". Los hermanos todos habían adoptado para sí aquel lácteo destino. Pero no él. Su padre había presagiado ya desde antes ese carácter avieso, y lo había tratado de corregir: mediante oraciones piadosas antes de los ocho, mediante sermones cívicos antes de los catorce, y de allí en adelante a través de violentas incursiones de su fuate de cuero de vaca. Pero no pudo conseguir atraer un ápice la voluntad de su hijo. La noche antes de su viaje a América un último fuetazo le había costado al señor Wilhelm los dos dientes frontales, que tiñeron toda la noche con su sangre el vaso de agua que ponía junto a su cama.

Tengo para mí que Enrique Gutmann conoció a la que sería su mujer en esa sonámbula inmersión dentro del Cine Radio, lúgubre como ninguno otro que yo conozca. Era casi con certeza una puta joven de Banderilla, aunque su familia haya rechazado por completo mis insinuaciones en ese sentido. Es menos probable, aunque no imposible, que el mismo Omar Gutmann haya sido concebido allí mismo. Pasaban *Le tue palle sulla mia bocca*, del pornógrafo italiano Zatta, que fue amablemente traducida en Jalapa y en otras salas como *Las vampiresas de Turín*. Pero esto apenas importa. En un momento dado, cuando Cristina se desviste lentamente ante el forastero, o cuando el sacerdote es obligado por su hermano a fornicar con su

esposa, una mano frágil pero decidida se posó sobre la pierna de Gutmann. Al voltear hacia su izquierda, sus ojos tardaron en reconocer la silueta de una joven delgada, que miraba fijamente hacia la pantalla apretando las mandíbulas. Tenía ella fuertes rasgos indígenas, acentuados por un vestido blanco y ligero, con olanes, y una mata de jazmines puesta escrupulosamente sobre el pelo duro y negro perfumaba la sala. El joven Gutmann, menos dado a la lujuria que a la cortesía, fingió no darse por enterado; pero como la joven a su lado no dejaba de tocar su rodilla, le dirigió unas amables palabras en su rudo español. Se besaron: él confundido al principio, ella apresurada y ansiosa. Pero conforme se iban tocando en la oscuridad de la sala, iluminados a intervalos por los relámpagos de la pantalla, las caricias se aplomaron, y ya seguras fueron al principio apasionadas, y luego dulces, y luego otra vez apasionadas. Cuando la cinta acabó, con un crujido seco, y la luz de la sala se encendió, ella estaba a horcajadas sobre él, con el vestido levantado y el espeso cabello revuelto.

El domingo siguiente, por la mañana, se casó con ella en una pequeña parroquia de Banderilla, a cinco kilómetros de Jalapa. Si la madre de Omar Gutmann se casó con un cliente o con el hombre que amaba, además de carecer de importancia, es de averiguación imposible. En cuanto a él, parece que aquella campesina prendió fuego a su sangre como una antorcha a la paja. La familia de la novia era pobre; hubo pocos invitados, y la madre de ella atendió la fiesta con eficacia pero sin entusiasmo. Hubo arroz y pollo en mole, y una hermana de la novia cantó acompañada de una mala guitarra mientras el único payaso del pueblo andaba por el patio perseguido por una horda de chiquillos jubilosos. Entre el domingo que conoció a su esposa y el domingo en el que se casó con ella, Enrique Gutmann consiguió empleo en el café La Parroquia, aprendió cinco o seis expresiones comunes de uso diario, escribió una larga carta a su padre y consiguió el sábado, pocas horas antes de la misa, un frac desgastado que le quedó al final ridículamente corto en las mangas y en las valencianas. Mientras su novia era felicitada aquí y allá, o mientras ayudaba a su madre a preparar la limonada, pasó largo rato en un rincón, sin hablar con nadie y cargando todavía en la mirada la expresión distante y un tanto desfasada del europeo recién llegado. El mole le pareció demasiado picoso, el arroz no le gustaba, y al final se bebió un vaso grande de limonada y se fumó un cigarro mientras las mujeres levantaban la mesa. En la foto de bodas, que yo vería años después en casa de Omar, era curioso observar el contraste entre ese muchacho alto y rubio metido estoicamente en un frac prestado, y la prole morena y sonriente de su nueva familia, más

o menos como en algunas películas aparece la tribu rodeando a un expedicionario británico cogido en plena cacería.

Enrique Gutmann no tardó en hacer fortuna en aquella Jalapa de mediados de los sesenta. Empezando como mesero en La Parroquia, donde en seguida se le motejó simplemente como El Güero, pasó en un mes y medio al mostrador de arriba, donde se exhiben los pasteles, y de allí al principal, como supervisor de meseros. Don Jesús Alarcón, magnate cafetalero y dueño del establecimiento, le tomó pronto plena confianza. Llegó a hacerse frecuente el verlos caminar juntos entre la niebla fantasmagórica de las diez de la noche, con paso lento y amigable, después de bajar de un jalón la cortina metálica del negocio. Los sábados, a veces, se tomaban una copa en una mesa apartada en el fondo del restaurante Emir, situado en la mitad del concurrido Pasaje Enríquez. Don Jesús Alarcón era un insólito bebedor de anís, sobre todo de aquel Anís del Mono que, dicen, acabó primero con su hígado y luego con su vida. No fumaba, no era mujeriego, pero todas las mañanas a las cinco y media, antes de salir el sol, su esposa lo escuchaba desde la cama sumergirse en la alberca helada para quitarse de encima la maldición de una cruda de perros. Excepto la tardía amistad con el joven Gutmann, nunca tuvo verdaderos amigos; en cambio, tuvo muchos enemigos, que le decían explotador y enemigo de la clase trabajadora mientras se lamían en los bigotes el excelente café de La Parroquia.

Me inclino a pensar que el sentimiento de amistad y también de fidelidad que Enrique Gutmann profesó al magnate veracruzano fue verdadero, es decir, desinteresado. En él encontró un padre comprensivo en medio de la penuria económica y de la difícil decisión de arraigar en un país extraño, con picante en las comidas, filtraciones en las paredes, matones inaprehensibles como sombras, pájaros que hablan y toda suerte de pequeños y grandes surrealismos. Don Jesús Alarcón, en cambio, halló en el joven Gutmann el hijo que no tenía, y expuso ante su mirada obediente las miserias de su vida como un vendedor ambulante expone su quincalla. En las pausas del anís, mientras soltaba hacia él el hilo de su alma como el de un papalote, le tomó aprecio y le propuso el divorcio del matrimonio recién contraído a cambio de otro, con una señorita de buena cuna que era su pariente y a quien apreciaba. El joven Gutmann se negó varias veces, amablemente, a pesar de que el señor Alarcón no perdió oportunidad de hacerle ver las ventajas económicas que aquella negativa cancelaba. En pocos meses la salud del amigo y tutor de Enrique Gutmann se vio disminuida. La copa de los sábados se hizo cada vez más infrecuente, y las últimas veces, a petición del enfermo, Gutmann lo visitó en su casa y platicaron

de cualquier cosa, bebiendo agua de jamaica entre las interrupciones de la tos y la mirada vigilante de la esposa.

Don Jesús Alarcón murió de cirrosis a los cincuenta y dos años un martes de 1964 alrededor de las ocho de la mañana, bajo el cielo encapotado y sin esperanza de Jalapa. Ese mismo día nació Omar Gutmann. Su padre dejó el lecho del muerto, vestido con un pijama azul oloroso a maderas perfumadas, y caminó el largo trecho desde Las Ánimas hasta el Hospital General bordeando la carretera y evitando los charcos. Es difícil saber en qué pensaba, justo en ese momento en que se alejaba del amigo muerto para encontrarse con su primer hijo. Pero por su aire taciturno y su traje blanco de tres piezas, así como por el sombrero y los zapatos, también blancos, debió parecer un aristócrata algo extravagante y lunático, pasando de lado los charcos pequeños y saltando de plano los más grandes. Para entonces, nueve meses después de aquella encrucijada del Cine Radio, era ya administrador de La Parroquia, tenía una casa propia, nueve trajes y cinco pares de zapatos, era padre de un hijo y su suegra, habiendo mudado aquella primera impresión, sabía que nada podía agrandar más a su yerno que un buen tarro de cerveza y un platón de papas fritas, con poca sal.

Aquel golpe de fortuna fue el primero de muchos, el inicio de una ascendente carrera de logros económicos. Dejando la dirección de La Parroquia por la inevitable colisión con la viuda, se hizo de dos expendios de café, y al cabo de tres años cambió de giro al invertir en el establecimiento de un bar: La vida loca. El éxito fue rotundo e inmediato. La vida loca se convirtió en sólo unos meses en la almendra de la vida cultural y de la intensa bohemia jalapeña; y entre lecturas literarias y conciertos de jazz, entre desplantes de dandismos, existencialismos y marxismos, las alforjas de El Güero Gutmann se llenaron alegre y constantemente, al compás de los borrachazos, la rumba, el tintineo de los vasos y las nuevas discusiones bizantinas. No hubo personaje importante de Jalapa y de México que no pusiera con cierta frecuencia los codos sobre la tabla húmeda de aquellas mesas. Allí Marco Tulio Aguilar causó lástima por primera vez al decir que era un escritor muy superior a García Márquez. Allí Tito Monterroso leyó el borrador de *La fe y las montañas*, que fue muy aplaudido, y un oscuro burócrata, cuyo nombre no recuerdo a pesar de una celebridad del todo inmerecida, dicen que concibió esa espantosa novela donde un escritor jalapeño, frustrado y solo, alumbró la idea de matar al Papa.

Conforme crecía el prestigio del lugar y su atracción aumentaba, el radio de influencia de La vida loca se hizo también más amplio, al grado de que la Univer-



José Luis Cuevas: *La apestosa*

sidad Veracruzana tuvo que hacer esfuerzos desesperados por atraer a las aulas a aquellos conferencistas que se hallaban en la cantina con la recuperada libertad de ser ellos mismos, al margen de las gastadas retóricas del *yolesdije*. Muchos pasaron por allí entre 1967 y 1970, aunque no los recuerdo a todos: Juan José Arreola, que entonces andaba obsesionado como tantos otros con la posibilidad de conocer a los marcianos, pero que mantenía desde esa fecha su fidelidad al ping pong, a las anécdotas de Zapotlán y a la literatura francesa; Juan Rulfo, tímido como ninguno, que hablaba muy poco en público pero tenía en cambio esa extraña manía de disertar con sus íntimos sobre la composición química de algunas medicinas; los de la revista *Política*, casi disuelta por entonces; también, como ya lo anoté, Tito Monterroso y, en general, los jóvenes valores de aquel final de la década de los sesenta, que no entraban en las cerradas filas de *México en la Cultura* pero en cambio bebían y discutían con nosotros sin ninguna autoridad y sin ningún aspaviento.

Yo tenía por entonces unos diecisiete, y me acuerdo que había que sacarlos arrastrando por la mañana de La vida loca, situada junto a la Catedral; las señoras, cubiertas para misa de siete como pájaros de mal agüero, se persignaban al vernos. Los llevábamos a nuestras casas y proseguíamos allí las discusiones,

vaciando interminables caguamas. A veces –por qué no decirlo– fumábamos mota y veíamos cosas rarísimas. Algunos de los ahora famosos se agenciaron hermanas o parientes de muchos de los muy menores poetas que he estudiado: Rogelio Cienfuentes, por ejemplo, que anduvo un rato con Susana Yescas antes de ser lesbiana, y trató de engatusarla con aquello del amor libre y de los paraísos artificiales. En una época en que un monje como Lemercier estaba a favor del psicoanálisis, y había científicos eminentes comiendo hongos por todo Oaxaca, y un montón de desarrapados podían convertir un país al socialismo a un tiro de piedra de los Estados Unidos, parecía lo más fácil convencer a una muchacha de cualquier cosa. Pero no me desvíó más de mi propósito, que es reseñar la vida del extinto Omar.

II. Omar Gutmann: de niño modelo a modelo de vago. Un encuentro con Dante. La gran capital recibe al mínimo poeta

Debo decir que sé por terceros, y hasta por cuartos, muchos de los detalles de la niñez y primera juventud de Omar Gutmann, transcurridas en Jalapa. Cuando decidí probar fortuna en la Ciudad de México, a los



Caja de Foto: *Irme* (De la serie *Caja de zapatos*)

dieciocho, Omar Gutmann apenas intentaba caminar, y las dos veces que entonces lo vi sólo me dan derecho a describirlo como un niño extremadamente sensible y temeroso, que se ponía a aullar como un perro los domingos en Los Tecajetes, cuando su papá lo dejaba solo por un rato. Posteriormente, en la época de nuestra efímera compañía, esta dificultad no se vería en grado alguno resuelta, dado que era un hombre parco en general, y yo diría que casi mudo en lo que toca a sí mismo. Como además es imposible, por el momento, recurrir a sus padres, me limito a lo que me han contado algunos amigos míos de Jalapa, contemporáneos del poeta, y a lo poco que me fue dado conocer por su propia boca.

Parece que, en efecto, manifestó desde sus primeros años una sensibilidad patológicamente aguda, rayana en un tipo particular de paranoia. Sufrió entonces atenazado por dos ideas fijas: la idea de la oscuridad y la idea del laberinto, que en realidad son dos maneras de mencionar la misma obsesión de soledad que se revela en muchos de sus escritos. No soporta-

ba la caída de la tarde, y desde muy temprano sus padres lo dejaron dormir con la luz encendida. Después, como ya veremos, se entregó a la pasión contraria, y no parecía sino que sólo la luz del día podía poner fin a sus draculescas andanzas. Pero entonces, en su niñez, todo lo hacía sentirse perdido: el que su padre dejara de tomarle la mano para pagar un algodón de azúcar en el parque; el ver en la calle muchos autos avanzando en sentido opuesto; las multitudes pero también los espacios grandes y desiertos; los anaqueles idénticos de las tiendas comerciales, y todo lo que de alguna manera evocara la repetición, la falta de identidad o el desorden.

Sus padres, preocupados, lo llevaron a consulta con el doctor Atilano Alva, un pedagogo de la vieja escuela que usaba dientes postizos y tenía sobre su escritorio un frasco con paletas de menta para los chicleos. Después de algunas pruebas intrascendentes, el doctor Alva le extendió una hoja y un lápiz y le pidió que dibujara a su familia. El niño Omar Gutmann dibujó entonces a sus padres, representándolos como

dos colosos parados sobre el jardín de una casita no más alta que sus tobillos. “¿Y tú, dónde estás?”, preguntó el pedagogo. “En el bolsillo de mi papá”, dijo el niño. Fue, además, extremadamente enfermizo, y una virulenta afección estomacal le hizo perder el cuarto año de primaria, que lo pasó mirando las verdes colinas que rodean Jalapa desde la ventana de su pieza en Diego Leño. Incapaz de agitarse o participar de juegos bruscos, las maestras se compadecían de él y le acercaban una silla a la orilla del patio para que viera correr a sus compañeros. Aun así, en el curso de seis años de primaria tuvieron que sacarlo ocho veces de la escuela, a veces por vómitos, a veces por desmayos, y una vez en medio de un ataque de nervios provocado por la llegada de la enfermera que ponía la vacuna de la polio.

Tuvo a pesar de todo el primer puesto de cada año, y por su modo cortés y un tanto taciturno fue el preferido de las maestras, que lo mandaban por el café a la sala de juntas y lo proponían sin falta para leer el mensaje de los alumnos en el festival de fin de cursos. Su inteligencia, ya desde entonces, era más sensitiva que analítica, lo que explica de alguna manera sus dificultades para superar las matemáticas. En uno de sus exámenes, que su madre me mostró hace tiempo, se revela singularmente este hecho. Un zapatero de Naolinco necesita café, y un expendedor de café de Coatepec necesita zapatos, pero ninguno tiene, hipotéticamente, dinero para cambiar. Un par de zapatos cuesta ocho pesos, y un kilo de café cuesta dos pesos. ¿Cuántos kilos de café deberá entregar el de Coatepec a cambio de los zapatos del de Naolinco? La respuesta es la siguiente: “El que da el café necesita dos zapatos, pero el que da los zapatos quizá no necesite cuatro kilos, porque son muchos kilos de café. A mi papá uno solo le dura un mes. Entonces, para tener un zapato, deberá entregar sólo dos kilos, porque si entrega un kilo ni modo que el zapatero rompa uno de los zapatos. El de Coatepec deberá esperar a que el zapatero tenga muchas ganas de tomar café. También puede conseguir dinero en el banco que queda frente a la tienda de don Cecilio”. La página, ahora amarillenta, está marcada por una gruesa cruz de crayón rojo, y tiene al calce la siguiente anotación: “Señora Gutmann, su hijo es listo y bien portado, pero en matemáticas anda mal por causa de distracciones como las que ve usted aquí. Ayúdelo a concentrarse para que pueda pasar este curso”.

Como era rubio y tenía los ojos azules, resultó elegido siempre para ilustrar el papel del rico en el festival de fin de año, que incluía una pequeña representación sobre la injusticia social. Le ponían un sombrero de copa, de cartón, y un saco a manera de levita cuya cola arrastraba por el patio, mientras hacía sonar en cada

mano una bolsa llena de corcholatas a guisa de monedas. Los demás niños, vestidos con calzón blanco y descalzos, le pedían alguna de aquellas monedas; pero él, huraño, los alejaba con un palo y les decía palabras injustas. Su madre solía emocionarse hasta las lágrimas al verlo, sin tener en cuenta su papel de malo, y su padre solía recompensarlo ese día llevándolo de paseo a algún lugar cercano, al Triánón o a Texolo, donde aprovechaba para prevenirlo contra los efectos de la ambición y la opulencia en el alma de los hombres. Esto es todo lo que sé acerca de la infancia de Omar Gutmann, y de su adolescencia, casi nada.

Sé que estaba por salir de la preparatoria cuando se volcó, en compañía de dos amigos que habían tomado la carretera a Veracruz para asistir al carnaval que allí se celebra. La volcadura fue grave: uno de ellos murió, y al otro se le ve todavía por las calles de Jalapa, renqueando penosamente sus cuetarriba. Omar Gutmann, a salvo de lesiones importantes, quedó sin embargo marcado en la cara por una impresionante cicatriz. Horrorizado por aquella deformación, pasó un año sin ver a nadie, o casi. Se refugió en las sombras con la misma ansiedad con la que antes se había apartado de ellas, y puede decirse con cierta exactitud que él mismo se convirtió en una sombra. Su carácter se tornó desde esa fecha ríspido y huraño, y los amigos que por entonces tenía acabaron huyendo de él como rozados por el frío aliento del demonio.

De aquella convalecencia moral y de aquella transmutación psicológica data seguramente su interés por la literatura. Se tragaba los libros. Leía sin descanso durante todas las horas de luz diurna, y habiendo rechazado a sus amigos llegó al extremo de impedir a sus padres el acceso a su pieza. Cuando quería comer, llamaba a su madre a gritos y pateaba la puerta. Ella, llorando, le pasaba el plato por la mezquina abertura que él dejaba, cerrándola después de un golpazo. Las relaciones con su padre cambiaron también radicalmente. Se negó a verlo durante mucho tiempo, pero no al propósito de escribirle cada viernes. Las cartas, pintadas con todos los colores de la locura, son esencialmente un manojito de sentimientos suicidas y parricidas atados aquí y allá con conceptos elementales del psicoanálisis y del existencialismo más ramplón. No tienen ningún valor, fuera de darme algunas señales de sus lecturas de aquella época, y de confirmarme lo que a nadie le interesa y lo que sé de sobra, es decir, que Omar Gutmann estaba positivamente loco.

Roto su encierro siguió siendo, sin embargo, un ente nocturno y solitario. Elegía para pasear las noches más oscuras, envuelto en una amplia capa negra, y el sonido metálico de sus botas, que golpeaban pausadamente las baldosas, solía acompañar la música desamparada de ciertos sonetos de Quevedo. Como

era de esperarse, pronto provocó las burlas de los intelectuales, que sin embargo reconocían en él una erudición singular y una fantasía extraviada no desprovista de cierto atractivo. El parque de Los Berros, ahora lamentablemente remozado, tenía entonces aquel aspecto lúgubre que le daban las verdes cabelleras de los liquidámbaros, al tocar con sus vencidas ramas la pálida piedra de aquellas bancas porfirianas. Allí, normalmente, se encaminaban los pasos del poeta.

Una noche negra, habiendo subido por los crujiertes escalones del kiosco, Omar Gutmann tuvo aquella revelación según la cual el inmortal Dante le dirigió unas palabras. Estaba vestido de un púrpura incandescente, y aunque la oscuridad era cerrada, resplandecía en el centro del kiosco con una luz sagrada.

—Vivrai come poeta —le dijo el Dante— senza paura, e senza speranza.

Omar Gutmann se quedó perplejo; y mirando sin dar crédito la figura de luz que se desvanecía, oyó estas últimas palabras del Dante, que son las mismas que encontró él a las puertas del Infierno:

—Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate.

Gutmann, por supuesto, tomó aquello como el momento crucial de su vida. Se dedicó a partir de entonces a una vida de temeridad y desenfreno que es difícil de creer, convencido de que el Dante había querido empujarlo a ello con su máxima. No estuvo mucho tiempo más en Jalapa: en parte porque sentía aversión por sus persignados habitantes y sus poetas mediocres, en parte porque tenía demasiadas cuentas pendientes. Se dice que, borracho, mató a un hombre al salir de una fiesta en Briones. Pero yo no lo creo. De cualquier manera es cierto que a muchos molestaba su presencia, descuidada en extremo, y que las últimas veces, al entrar aterido y hambriento a La Parroquia, el policía lo ponía rápidamente de vuelta en la calle para evitar cualquier disputa. Sus barbas, ralas y sucias, crecieron a la sombra del grasiento sombrero como las de un judío penitente, y sus uñas se enroscaron de tan largas. Aficionado a las cantinas leyó sus poemas en todas, sin que nadie se lo pidiese, pero su modo arrogante de entrar, arrojando el sombrero sobre la mesa y chasqueando los dedos al primer mesero que pasase, le acarreó la enemistad de la sensible bohemia jalapeña.

La parte que en Omar Gutmann había de locura, y la que había de estudiada pose, permanecerán para siempre en el terreno infinito de los misterios sin importancia. Lo que es seguro es que se convirtió, como quien dice, en un paria; y aunque era poeta y se sabía de memoria *La tierra baldía*, de Eliot, golpeó a un anciano pepenador cuando quiso quitarle un bolillo que ambos vieron al mismo tiempo, tirado sobre la calle. Una mañana, dormido como era su costumbre sobre una banca del Parque Juárez, su madre llegó con la in-

tención de llevarlo a casa y hacer las paces de una vez por todas. Omar Gutmann se incorporó penosamente sobre la banca salpicada de rocío, y se talló los ojos. A cada pregunta o ruego de su madre, dicen que respondía con un verso apropiado, de algún autor famoso, y que fue tan curioso ese diálogo y tan inteligente la manera en que el hijo respondía, que mucha gente se acercó a oírlo, y el merolico de la víbora venenosa quedó solo. La madre, que yo sepa, no volvió a verlo.

El Güero Gutmann, más firme y enérgico que su esposa, había decidido mucho tiempo antes que lo mejor que podía sucederle a su hijo era que la vida corrigiera sus caprichos a punta de chingadazos. Como era un hombre poco sentimental, podía darse el lujo de tomar la mendicidad de su vástago sin lástima, entendiéndola más bien como una suerte de rito iniciático en el conocimiento del mundo. A pesar de todo sintió a veces conmiseración, y ordenó a su asistente que le entregara a aquel menesteroso un billete de los grandes. Así transcurrieron, más o menos, los últimos meses de Omar Gutmann en su natal Jalapa. Dejo de lado, por supuesto, las historias de muertes y riñas con arma blanca en sórdidos tugurios de homosexuales; historias que considero más bien como prolongaciones fantásticas en torno de aquel que en vida quiso cocinar de nuevo la vieja receta del escritor atormentado.

Algunas versiones, como la de su amigo Zoe Schott, por ejemplo, parecen dar crédito sin embargo a la famosa anécdota del *ashram*. Según ella Omar Gutmann, después de haber fumado marihuana toda la noche y bebido dos botellas de tequila, salió dando tumbos de la casa de Pepe *el Bongocero*, donde había una gran fiesta con drogas y desmanes de todo tipo. Se sentó penosamente sobre la acera y empezó a llorar; la gente salió a ver qué le sucedía, pero a cada pregunta él lloraba con más fuerza, a gritos, y con tal sentimiento que a cada momento los suspiros lo hacían estremecerse. Cuando lo dejaron solo se encaminó al *ashram*, un centro de meditación budista situado en la punta del cerro de Coatepec, y parece que dejó su ropa a lo largo de la carretera. Algunos desvelados conductores lo recuerdan todavía, avanzando desnudo por mitad del asfalto y gritando que quería ser puro y santo. Estuvo unos días con los budistas, que lo acogieron más como a un indigente que como a un discípulo.

Su vida en México fue apenas menos escandalosa que la que había llevado en Jalapa. En un principio, animado por Zoe Schott, que fabricaba collares con espinas secas y cuescos de aguacate, trató de dedicarse él también a la artesanía. Pero, malhumorado, una noche tiró todo su material al vacío cuando pasaba por el puente de Tlalpan, diciéndose que cómo iba él a rebajarse al nivel de bestezuelas folclóricas. Tomó un cuarto pobrísimo en un hotel de putas junto al Mu-



Jorge Sáenz: *Ducha en reclutamiento*

seo del Chopo, y atraído por el tufo de la mota y los tamborazos del rock más grueso anduvo vagando un tiempo con los chavos de Santa Fe, aunque sin atreverse a pintar su pelo de colores. Sé por palabras de él mismo que subsistió esos días comiendo pan tostado con un poco de esa miel amarga que sacan aquí de un árbol, y que es muy barata. Se bañaba cada quince días en los Baños California, que quedan por allí mismo, y se cambiaba los calcetines cuando el sudor los ponía intolerablemente pegajosos. La mayor parte de su obra fue escrita en el tiempo ocioso de algunas mañanas en su cuarto del Chopo, entre el ruido de las escobas y del cambio de sábanas, y la visión deprimente de paredes de triplay pintadas de verde pistache.

III. Cómo conocí al poeta. Gutmann sale al mundo a vender seguros. Muerte instantánea de un don nadie

Hasta aquí he relatado, si bien no siempre con datos estrictamente confiables, la vida de Omar Gutmann hasta el momento en que yo mismo me lo topé, en medio de una fiesta de disfraces que organizó Edgardo Bermejo en su departamento de Nebraska 21.

Yo, por supuesto, era el único que no iba disfrazado, porque está mal disfrazarse cuando uno está en el umbral de la vejez, y porque las fiestas de disfraces son una tontería en sí mismas. Gutmann estaba solo, parado como un cuervo negro en un rincón, y recuerdo que su mirada se desplazaba maliciosa mientras movía lentamente su güisqui en la mano. Nadie sabía quién era ni cómo había llegado. A mí, en particular, me causó la impresión de estar ante una especie de pirata urbano, curtido por toda clase de tempestades. Su mirada, distante y con un dejo de burla sin embargo, aparecía solemnizada en su rostro por una honda cicatriz que lo cruzaba diagonalmente. Era evidente que, a pesar de aquel rancio aroma, gustaba a las mujeres; discutían entre ellas si venía vestido de trovador o de mafioso, aunque en realidad su apariencia general era absolutamente extravagante e incierta. El viejo sombrero de anchas alas, el gabán sucio pero confortable, y su manera de pasar entre la gente, a la vez amable y desdeñosa, hicieron que me fijara inmediatamente en él.

Es imposible, pero también innecesario, tratar de recordar todas las cosas que ocuparon nuestra conversación de esa noche. Recuerdo que coincidimos en nuestro desprecio por las mafias literarias, los libros



Omar Gámez: De la serie *Natura*

de Benedetti y los escritores que publican aforismos en los periódicos, como dando a conocer al mundo los frutos de una nueva sabiduría socrática. Quevedo, Joyce y Pessoa hicieron la mejor parte de nuestras afinidades; pero no estuvimos juntos en la admiración de Vallejo, cuyos poemas, por alguna razón que sin duda es sinrazón, me dejan tan indiferente como los de José Archundia, al que nadie conoce, afortunadamente. De vez en cuando, con urgencia animal, Gutmann se quitaba el sombrero y se rascaba el pelo apelmazado con una uña mugrienta.

Salimos de aquel lugar rayando el día, absolutamente borrachos y convertidos en grandes amigos, a pesar de la diferencia de edades. Pero en realidad sólo algunas semanas lo vi con cierta frecuencia. Aprovechando mi trabajo de reseñador y articulista eventual en *unomásuno* le conseguí algunos encargos; pero decepcionó casi de inmediato al jefe de sección, por su prosa hegeliana y sus desplantes continuos. Durante

años supe de él intermitentemente, como sucede con casi todos los poetas que conozco. Supe que rondó primero por las cantinas y tugurios del centro, y que su estómago se conformaba sólo con la botana que sirven en La Vaquita, si no abundante más sustanciosa que la de otros lugares.

Después, envuelto en un romance con una puta de Las Nubes, parece que salió algo maltrecho de un lance con el padrote, que le salió al paso acompañado de un grupo de cadeneros en algún zaguán oscuro de Donceles. Pero sobre esto, como sobre tantas cosas, no tengo ninguna certidumbre. Lo que es seguro, porque yo lo vi, es que de un momento a otro apareció por el mundo bien bañado y rasurado, vestido con saco y corbata y balanceando un maletín en el andén mientras esperaba el metro. Le dio mucho gusto verme, por lo visto, y no parecía avergonzado en lo más mínimo. Me dijo que trabajaba vendiendo seguros para una oficina de Polanco, y que estaba escribiendo una serie de

sonetos que esperaba yo pudiera publicar con algún pago. Su cara, libre entonces de la mugre y las barbas y el sombrero, parecía más grande pero también más desamparada, y el ojo que atravesaba aquella cicatriz estaba como sumido en un agua triste. Antes de despedirnos, titubeante, me pidió cincuenta pesos y me entregó un poema, que no es el más malo de los que yo le conozco, y que se titula, quizá proféticamente, "En un vagón del metro". Este es el poema:

Tubos sebosos, vomitados pisos,
mujer de enfrente, extenuada y triste:
con qué inocencia la miseria embiste
la temblorosa luz de mi optimismo.

Recién despierto, y ya cansado, piso
cada mañana esta prisión, que asiste
lo mismo al resignado que al que insiste
en ser feliz un día, aunque remiso.

Jaulas de espanto, casas de locura
rodando eternamente bajo tierra;
escupiendo sin fin, en las aceras
diríase fantasmas de esta guerra:
sombras de hombres, pasos que en la ciega
noche del mundo pierden su figura.

Como es fácil imaginar, no duró mucho tiempo oculto bajo esa argucia del vendedor de seguros, y su ámbito de acción se trasladó a Coyoacán, que sufrió por unos meses su sombra desgraciada y su pintoresco terrorismo. Fue el azote de todas las cantinas que por allí quedan, donde empezaron por no darle botana y terminaron por sacarlo a rastras; hasta los barrenderos, hartos del pedigüño, se negaron a dirigirle la palabra y a regalarle cigarros. Pero no paró allí la cosa. Uno de los mayores poetas de México –cuyo nombre no menciono por temor a cualquier represalia laboral o editorial– lo hizo sacar a empujones del Foro Cultural Coyoacanense, cuando Gutmann se levantó entre el decente auditorio interrumpiendo su lectura con un latinajo despectivo. Es verdad que yo no dije esta boca es mía, y en cambio negué conocer al insolente; pues no soy, como el ahora occiso, gente que pueda alimentarse nada más que con pan, cebolla y falsos heroísmos.

La tarde en que murió lo encontré dormido al borde de la fuente de los Coyotes, y era tal su deplorable estado que una baba sanguinolenta resbalaba de su boca mientras cuatro niños sin camisa le arrojaban agua a la cabeza. Espanté a los niños, tirando unos cuantos periodicazos al aire, y despertándolo me lo llevé a comer una torta a La risueña, donde el hedor del poeta hizo que don Alfredo le sacara un banquito afuera y me mirara un poco molesto. Comió sin ga-



Carolina Bello: *Hipóstasis*

nas, mientras yo lo mantenía a duras penas sentado sobre el banco, y a veces miraba la torta estúpidamente, y a veces me decía perro traicionero y recolector de basura, como si no formara parte él mismo de esa basura que he recogido. Yo no me ofendí, porque aprendí hace muchos años que no hay nadie en esta vida que esté libre de mentir y de traicionar, de perdonar y de amar, y de haber leído alguna vez a un poeta menor.

Sabía que habitaba un cuarto de azotea en el norte de la ciudad, y decidí acompañarlo a la estación del metro de Coyoacán. No imaginaba yo lo que estaba a punto de suceder. El camino se alargó por sus caprichosas paradas, en las que a veces pateaba un árbol o increpaba a algún peatón con las peores palabras. Si estaba nada más borracho, o drogado, o ambas cosas es algo que no sé ni me interesa; los policías me preguntaron esa noche muchas cosas estúpidas.



Juan José Ochoa: *Espacio de placer*

Se arrojó a las ruedas del metro sin escándalo y sin miedo, como quien se mete tranquilamente a una tina de baño. Yo me quedé boquiabierto. Recuerdo la cara de espanto del conductor, que traía la corbata deslizada sobre la camisa blanca, y el sonido seco de los huesos de Omar Gutmann al hacerse polvo bajo el chirrido de los frenos. Todo me dio vueltas. Unos hombres fornidos vestidos de azul me llevaron de los codos hasta una oficina grasienta empapelada con un tapiz amarillento donde había pajaritos con violetas en los picos. Lo recuerdo porque estuve mucho tiempo allí.

Me hicieron preguntas estúpidas, como ya lo dije; pero acaso sea una redundancia decir que los policías hacen preguntas estúpidas. Me preguntaron por qué se mató: les dije que porque había perdido el América. Me creyeron. Una señora gorda sentada sobre un cojín morado me tomó la declaración metiendo sus dedos llenos de chocolate en el teclado de una portá-

til, y me dejaron salir a eso de las once, amenazando con llamarme de nuevo.

Pero no lo hicieron. Yo he vuelto a mis clases en una preparatoria, a mis reseñas eventuales en el periódico, y a este asunto lunático de morder durante horas la punta de un lápiz, buscando qué decir acerca de algún poeta infame. A veces, por la noche, me acuerdo de mí, y me pregunto qué he hecho y quién podrá recordarme. Omar Gutmann, por lo menos, tuvo una vida excesiva, insultante, y en ocasiones algún gesto o disparate suyo rozó esa cosa mágica que es la poesía. Habló con el gran Dante en un kiosco de Jalapa, caminó desnudo mientras pedía a gritos el alivio de su alma, durmió como un perro junto a una fuente y le alzó la voz a un señor arrogante que pretendía escudarse en el prestigio de su poesía. Fuera de esto no es nadie: un poco de sangre seca, no menos ignorada ahora sobre la grava del riel que cuando perteneció a un hombre vivo, azuzado por el miedo y la esperanza. 🐞